



Discurso leído por el Sr. Rector
del Seminario Conciliar,
Presbítero Don Amador Velasco,
en la Velada del día 22 de
Febrero de 1893.



ILLMO. SEÑOR OBISPO:

Señores:

¡Los presentes momentos son para mí demasiado solemnes! Veo mi Casa-Seminario ocupada literalmente por una concurrencia numerosa y escogida. El excelentísimo Mitrado que gobierna la Diócesi, honra y preside esta Asamblea. El venerable Clero lo acompaña, como al lado de su caudillo se hallan siempre los militantes, haciéndole el cortejo de honor y esperando sus órdenes! Todo un pueblo ilustrado y creyente á mi vista se encuentra. El lugar no podía ser más serio ni más respetable: es el Plantel Tridentino, el Establecimiento eclesiástico, sostenido por la mano bendita de la Iglesia, para formar dignos ministros del Santuario, para educar á los que más tarde serán ciudadanos ilustrados, patriotas, religiosos; y esto, antes que todo, porque, señores, decir cristiano, es decirlo todo en una pa-

labra. El día acrecienta lo imponente de esta ceremonia: acaba de pasar en la Ciudad Eterna y en todo el orbe católico, una manifestación tan general como espontánea, tan socialmente interesante como religiosamente significativa: la fiesta semi-centenar, el jubileo episcopal del Sr. León XIII.

¡Ah, sin esfuerzo ninguno, acuden, formando hermoso cortejo, á mi memoria, los gratísimos recuerdos de mi vida escolar, las dulces reminiscencias de aquellos años en los cuales, ocupados, como hoy, los amplios ambulatorios de esta Casa, por el venerable Clero y distinguido concurso de Colimenses, tuve el honor de hablar, dirigido por mis amados maestros, entre otros varios estudiosos, para celebrar, primero, las glorias de la vida pontifical de S. Santidad el Sr. Pío IX, y después para llorar la desgracia de su sentida muerte! Más de una vez se dejó oír en este mismo local mi voz débil é insignificante: más de una vez, oh Colima ilustrada y Católica, me visteis mezclarme al numeroso concierto de seminaristas para dirigir hacia Roma, hacia el Vaticano, los homenajes de la fe como uno de los creyentes admiradores de la colosal grandeza del Pontificado.

Van ya, desde aquella fecha bendita, diez y nueve años; y el que fué alumno sucesivamente de las diversas clases de este Seminario, y el que habló como el último de los escolares de entonces, es ahora, por pura dignación de la sagrada Mitra, el Superior del Establecimiento Tridentino, y goza de la distinguida honra de hablar el primero, aunque no merezca llenar ni el postrer número en esta fiesta científico-religioso-literaria. Diez

y nueve años van corridos desde la primera de las *Solemnes Manifestaciones* hechas por el Seminario de Colima á la Santa Sede; y héme aquí, señores, para tomar la palabra en esta nueva *Manifestación* que la sagrada Mitra y el Seminario dirigen á la misma Silla Apostólica en donde hoy se sienta, no el Sr. Pío IX, sino el Sr. León XIII, 257.º sucesor de Pedro, príncipe del colegio Apostólico.

Este es sin duda uno de los más grandes compromisos que en mi sacerdotal carrera he podido contraer, pues me veo en la imprescindible ocasión de tomar sobre mí un misterio superior á mis aptitudes. He pesado, siguiendo el precepto del Poeta romano, la dificultad de la carga; y la he encontrado superior á lo que pueden mis hombros.

¿Cómo hablaros dignamente de esa divina institución de diez y nueve centurias, personificada ahora en la gloriosa figura de León XIII, del venerable anciano de triple corona, de aquel cuyo nombre va haciéndose de día en día más benéfico y grande para la religión y para las ciencias?

¡Asunto inaccesible á mi pobre ingenio, con solo pasar los ojos por las múltiples formas que él reviste! ¿cuánto más superior no será si intentara yo penetrar en las diversas cuestiones así históricas, como filosóficas, así teológicas como jurídicas que él entraña?

Desisto, señores, de todo pensamiento que me lleve á considerar el Pontificado desde los diversos puntos de vista en que lo estudian los sabios y los apologistas cristianos; desisto de toda esperanza de colocarme á la altura de su aspecto social-político; renuncio aun al ideal que por algunos momentos acaricié de concretar

mis conceptos á un punto dado; y abriendo ante vosotros algunas de las páginas de la historia eclesiástica en general, y de la particular del Sr. León XIII, me voy á permitir unas *ligeras observaciones sobre la acción de la Providencia en favor del Pontificado.*

Espero que la importancia de mi tema llevará irresistiblemente en pos de sí vuestra atención ilustrada, y lograré apartarla de la humilde forma en que tengo el honor de hablaros esta noche.

ILLMO. SEÑOR OBISPO,

SEÑORES,

La Iglesia es una sociedad de hombres la más basta en su género y la más perfecta que en el mundo existe. Es la más basta, porque contiene en su seno á todas las almas redimidas con la sangre de Cristo y bautizadas con su bautismo; es la más basta, porque su territorio, el campo donde ejerce su jurisdicción, es todo el mundo habitado, su dominio moral toda la humanidad. Desde que fué establecida por el divino Fundador, es para todos los tiempos y para todos los pueblos; al presente habita todos los climas, es eminentemente cosmopolita. Dije que se la sociedad más perfecta del mundo, porque su fin es sobre-natural, sus medios también sobre-naturales; su organismo el más acabado: el primero consiste en la glorificación suprema de Dios en la otra vida, los segundos en la perfección moral del hombre mediante la verdad y las costumbres cristianas, su orden jerárquico, tiene su primer

peldaño en los Levitas, su segundo en el sacerdote, va en tercer lugar el Obispo, y el cuarto y último lo ocupa el Papa ó sea el Romano Pontífice.

En los dos flancos de esta sociedad admirable y en su cumbre, van á juntarse familias religiosas, cuya mira particular es la oración en la vida contemplativa, y legiones de apóstoles cuyo fin es la conquista del mundo por las armas de la verdad y de la justicia. En la base de esta pirámide de ministros tan varios, millones de hombres eximios descansan agrupados: son las aves de que nos habla el Evangelio, que han venido á posarse sobre las ramas del frondoso árbol de la Iglesia; son la inmensa familia cristiana marcados con un mismo carácter y que llevan un mismo ilustrísimo nombre: *el de católicos, apostólicos, romanos.* Carece, es verdad, de los aprestos de guerra; no tiene ejércitos ni bayonetas ni armadas de acorazados; con todo, á la menor de sus palabras, al sonar de su autorizada voz, incontables son los héroes que se le presentan, ciudadelas vivientes, para batirse en brecha por su santa causa. Recordad los primeros siglos de su vida: muchos millones de mártires le conquistaron en los anfiteatros paganos el derecho de vivir, no en moradas subterráneas, no en catacumbas, sino á la faz del orbe, delante de los emperadores-tiranos. En los tiempos de fe de la edad media, al solo llamamiento de los Papas, se levantan en masa las naciones, oponiendo apretadas filas al poder de la *media luna.* Ahora mismo, señores, en nuestros días que llamar podemos *la hora y el poder de las tinieblas,* ahora mismo existen legiones de apóstoles que esparcen la luz del Evangelio, aun á costa de sus vidas, en las regiones

apartadas y bárbaras del Africa, y mil y mil en otras, que libran combates no menos heróicos.

En el centro de esa sociedad magnífica, en la cúspide de esa obra monumental, cuyo basamento llena la tierra y cuya cumbre toca hasta el cielo, está la Catedral de Pedro, el humilde hijo de Jonás, ó Juan á quien el Salvador, preguntando hasta por tres veces si lo amaba, y contestando aquel *¡Oh Señor, tú sabes que te amo!* concedió, también por tres veces, todo poder, todo honor y toda jurisdicción para presidir, regir y gobernar el rebaño cristiano.

Este es, señores, el Pontificado, institución divina de Pastores supremos, investida desde su fundación, de todos los derechos y obligada con todos los deberes para el régimen espiritual de la Iglesia. De ella ha dicho un notable escritor contemporáneo: "A la manera que si se reúnen varias antorchas, cada una tiene su luz, pero reunida la de todas, aumenta en intensidad y esplendor: así también, cada uno de los Papas brilla con sus dotes particulares, pero en conjunto hacen que el Pontificado deslumbré con los más benéficos y magestuosos resplandores."

Sí, porque en la preciosa vida de los Papas salen al paso "la historia con sus lecciones, la experiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolución con sus exigencias, lo viejo que se cae á pedazos, lo nuevo que viene á sustituirlo todo, que amenaza, que se desborda; la fe con sus firmezas, la esperanza con sus destellos consoladores, la caridad que se derrama cual bálsamo saludable sobre el hombre, la virtud, en fin, y la ciencia en todas

sus manifestaciones las más altas, las más radiantes y puras." El Pontificado, señores, es el sol de la humanidad, cuya luz despeja los horizontes de la historia.

El comenzó con los treinta y seis años del reinado de San Pedro en la época del mundo idólatra, cuando Roma era pagana, porque no conocía la luz que bajara del cielo á *alumbrar á todo hombre que viene á este mundo*; y persevera hasta el presente en esa misma Roma, que ahora no es la de Nerón sino la de Humberto ni es pagana por la ignorancia del Dios verdadero, sino á pesar del claro conocimiento de ese mismo Dios verdadero, y en fuerza de aquella triste verdad: *Vino la luz al mundo, pero los hombres prefirieron las tinieblas á la luz*. Y durante su larga carrera de diez y nueve siglos que va cumpliendo ya el Pontificado, su obra es la de salvar de la barbarie á la Europa entera, fundar repúblicas cristianas, impedir la invasión del Mahometismo, fundar, propagar y sostener el reinado de la civilización cristiana en toda su plenitud y esplendor.

"Fijaos, señores, en las grandes figuras de Gregorio VII y de Calixto II, en las de Alejandro III é Inocencio III, en las de Gregorio IX. ¡Todo renace en derredor suyo! Ellos despertaron el sentimiento de la libertad en los romanos, inculcándoles el de la fe." Porque, señores, donde está el Espíritu de Dios, allí reina la verdadera libertad. Al reconocer Roma á los Papas como príncipes y recibirlos el mundo como Papas, la soberanía del Pontificado ostenta á la faz del mundo una serenidad y grandeza deslumbradoras. "El ejercicio del poder temporal, dice el Sr. Perujo, fué por muchos siglos -y lo será cuando se restablezca-santo, liberal y desinte-

resado, porque han sido santos sus depositarios. "Alejandro III es el que se une á la liga lombarda y emancipa del yugo de los Alemanes á Roma y á toda Italia. Inocencio III destruye todos los poderes usurpados, y los hace respetables. Clemente III, Gregorio IX é Inocencio IV garantizan las libertades municipales de los romanos. Gregorio XI, Bonifacio IX y Martino V, hacen sean reconocidas á las ciudades de las Rumanías y de la Hungría sus antiguas franquicias. Nicolás V renueva los privilegios de Bolonia, hasta permitirle tenga un embajador en Roma."

Así se respeta, señores, y se protege la libertad!

Cierto que en la administración de la cosa pública los Papas no han podido emanciparse de su carácter de padres espirituales del orbe católico; pero esto lejos de perjudicar, ha sido la mejor garantía de un gobierno justo, próspero esencialmente cristiano. Tal es la índole dominante de la soberanía temporal de los Papas, que se viene haciendo ostensible desde el siglo noveno á la caída del imperio de Carlo Magno, pues como dice un moderno escritor: "si en la Roma de los Papas ha habido actos de rebelión, de furor y de barbarie, es cuando la han dominado las facciones, cuando de ella se han apoderado los Emperadores; si ha habido días de paz, es cuando los Papas han recobrado su autoridad de reyes."

Considerados como soberanos espirituales, ejerciendo un poder recibido inmediatamente de Dios, inmediatamente de Jesucristo ¿quién no admira el celo y grandeza de ánimo de esos hombres superiores, que lo mismo perseguidos y ocultos en las catacumbas, que respe-

tados de príncipes y sentados en un trono, han atendido á los más variados y difíciles asuntos de la Iglesia universal? ¿Quién no elogiará la sabiduría, rectitud é inflexibilidad de su doctrina, según la cual, sobre toda humana condescendencia, sobre toda consideración, han fallado siempre conforme á las reglas de la más estricta justicia?

La historia de los Romanos Pontífices contiene las más grandes glorias de la religión y del humano saber. Treinta y siete han dado su vida por la defensa de la fe y derechos de la Iglesia; ellos brillan ahora con la aureola del martirio! Incontables son los que han sufrido duras cárceles y crueles persecuciones, despojos y destierros. Cuarenta figuran en el catálogo de los santos, porque practicaron las virtudes evangélicas en grado heróico. Entre los papas hay verdaderos apóstoles por el celo que desplegaron en evangelizar á los pueblos bárbaros; hay distinguidos talentos, hábiles políticos, elocuentes oradores y aun poetas eximios. La historia de las artes y de las ciencias consagra sus mejores páginas al recuerdo de esos colosos admirables, que han alcanzado la envidiable gloria de preparar los más grandes descubrimientos, y de iniciar las más benéficas instituciones. Lamentamos en lo íntimo de nuestros corazones que el Pontificado ha sido, es y será el blanco de una persecución más ó menos franca y obstinada; pero tenemos también demasiado por qué alegrarnos, pues él constituye el objeto de una providencia muy particular, y cuenta, para garantía de su perpetuidad, con la palabra de Aquel que dijo: "*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no pre-*

valecerán contra ella." Y esta palabra es tanto más preciosa y eficaz, cuanto que por ella se asegura no sólo la subsistencia de la Iglesia, sino su gobierno por aquellos personajes que mejor se han adaptado á las circunstancias del tiempo en que han sido exaltados á la Cátedra de Pedro.

Tal es exactamente la providencia que se advierte al estudiar las gloriosas dotes que adornan al reinante Pontífice, en relación con las necesidades de los tiempos en que le tocara venir. Sí, señores, lo dijo, años ha un galano escritor compatriota nuestro: Si León el Grande fué el más apropósito en los tiempos de Atila; Gregorio XVI el más adecuado en los de Luis Felipe; Pío IX para la época de Napoleón III y Victor Manuel, León XIII es el designado por Dios para la crítica situación de la Iglesia en los tiempos de Bismarck, y de Humberto I.

Probémoslo. Tres días hace, señores, que nuestro actual Jerarca supremo cumplió quince años de haber sido exaltado al trono pontificio. Tocóle, pues, según los designios de la Providencia, una época en que casi toda la Europa ha renegado de las doctrinas salvadoras del Cristianismo, y se gobierna por instrumentos maliciosos ó inconscientes de la Masonería. Demos una ojeada retrospectiva sobre la influencia providencial que ha venido ejerciendo, en los destinos del mundo así religioso como político, el Pontificado de nuestro Santísimo padre el Sr. León XIII.

A consecuencia de la ocupación de Roma, consumada en 1871 por Victor Manuel II rey de Cerdeña, los Estados pontificios, que habían sido devueltos á la Iglesia después

de la usurpación del primer Bonaparte, desaparecieron como principado, absorbidos por el reino de Italia. Así es que el territorio papal quedó reducido al Palacio y Basilica del Vaticano; y para coronar la obra de usurpación, en 1873 han decretado las Cámaras Italianas que toda propiedad de la Iglesia romana y territorios anexos es propiedad de la nación. Por manera que, al ser coronado nuestro Smo. Padre para suceder á un Papa rey cautivo é injustamente destronado, se constituyó por el mismo hecho en estado de prisión, en condición de prisionero.

¿Cuál debía ser, la conducta de un Papa en tan aciagos tiempos, en tan aciagas circunstancias?

No olvidemos que una de las primeras providencias de su Santidad, al inaugurar el gobierno de la Iglesia, fué dirigirse á las potencias hostiles, para reanudar las relaciones que con ellas había contraído la Santa Sede. Las respuestas á los Breves de su Santidad fueron sumamente corteses, y auguraban un éxito brillante. La España, la corte de Viena, el reino de Portugal y el imperio Alemán vieron consolidarse, por recíprocos testimonios de sus soberanos y el Sto. Padre, las relaciones de sincera y profunda amistad. La Inglaterra no pudo menos que manifestarse en favor de la Santa Sede: mientras que el gobierno de Baviera, antes contrario, cedió á las justas reclamaciones del Sumo Pontífice, negando la protección á sus malamente llamados *católicos viejos*. Así coronó Dios el primer acto de gobierno del Sr. León XIII y sus acertadas gestiones para despejar el horizonte de la política Vaticana.